

FRANCISCO BULNES

Nació en México, D. F., el 4 de octubre de 1847 y en esa ciudad murió el 22 de septiembre de 1924.

Es autor de *El Verdadero Juárez* (1904); *Las Grandes Mentiras de Nuestra Historia*; *El Porvenir de las Naciones Latinoamericanas*; *La Guerra de Independencia* (1904); *La Nación y el Ejército en las Guerras Extranjeras*; *Juárez y las Revoluciones de Ayutla y de Reforma* (1905); *El Verdadero Díaz*; *Los Grandes Problemas de México*, obra ésta formada por la colección de sus artículos publicados en *El Universal*; *Sobre el hemisferio Norte once mil leguas. Impresiones de viaje* (1875).

Ingeniero, periodista, historiador, polemista agudo. Fue Catedrático de la Escuela Nacional Preparatoria y Diputado Federal en el régimen del General Díaz. Con grandes dotes intelectuales fue una de las figuras más sobresalientes de su época y pudo haber sido el maestro de valiosas generaciones, como lo recuerda José Vasconcelos, mas su espíritu iconoclasta y en ocasiones intemperante y poco constructivo le frustró. Avizoró como pocos los problemas de México, mas propuso teorías que contradecían la realidad mexicana y resultaban peligrosas para nuestra configuración racial.

Referencias acerca de este inteligente y destructor escritor: José Elguero, *Política contemporánea. Los mexicanos en el destierro*, por Antímaco Sax (seud), San Antonio Texas, International Printing Co., 1916, 179-[2] p.; en *Biblos. Boletín semanal de información bibliográfica publicado por la Biblioteca Nacional*, 4 v., México, 1919-22, II; trabajos actuales son los de Arturo Romero Cervantes "Bulnes y la Revolución" *BBSHCP*, No. 283, 20 nov. 1963, p. 12-13; Andrés Henestrosa, *La vieja controversia Galindo y Villa-Bulnes. Glosa y comentarios de...* México, [Estampillas y valores], 1957, VI-69 p.; Elsa Hernández Cruz, *El sentido de la historia en Francisco Bulnes*, México, [Pavía], 1964, 116 h., (Tesis para la maestría en Historia UNAM).

Como resultado de la publicación de su libro *El verdadero Juárez* tenemos las siguientes obras polémicas: Ignacio Mariscal, *Juárez y el libro de Bulnes. Alocución leída por... el 17 de octubre de 1904 ante algunos miembros de la Academia Mexicana de la Historia*, México, Imp. y Enc. de Arturo García Cubas, 1904, 15 p.; Genaro García, *Juárez. Refutación a don Francisco Bulnes*, México, Vda. de Ch. Bouret, 1904, VIII-276 p. ils. José R. del Castillo, *Juárez, la intervención y el imperio. Refutación a la obra "El verdadero Juárez"*, México, 1904.

Fuente: Francisco Bulnes. *Las grandes mentiras de nuestra historia. La Nación y el ejército en las guerras extranjeras.*

México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1904. 924 p.
(Biblioteca de Historia). p. 844-859.

EL GENERALISIMO SANTA ANNA

Don Lorenzo Zavala fue traidor a la patria. El general Santa Anna, dando orden al general Filisola para que con el ejército mexicano desocupase Texas, porque así lo exigía el general de los filibusteros norteamericanos; firmando un tratado en el que reconocía la independendencia de Texas y ofreciendo su eficaz concurso a Houston para arreglar la anexión de Texas a los Estados Unidos, fue ante las leyes sociales, civiles y militares un traidor a la patria más escandaloso y repugnante que Don Lorenzo Zavala.

¿Por qué un hombre del mérito de Zavala cometió el crimen de alta traición? Por codicia, han asegurado algunos escritores; Zavala poseía gran extensión de tierras en Texas y esperaba la subida considerable del precio de esas tierras, bajo el dominio eminente del gobierno de los Estados Unidos. Los que tal cosa afirman, olvidan o ignoran que Zavala conocía admirablemente la política de los Estados Unidos, sabía que la posesión de Texas era cuestión de vida o muerte para el partido dominante en aquella nación y que Texas, con el concurso o sin el concurso insignificante y casi igual a cero de Zavala, caería en poder de los Estados Unidos. Para conseguir una ventaja que estaba ya conseguida, Zavala no pudo cometer un gran crimen que para siempre manchó su nombre que a ilustre había llegado entre los mexicanos.

Tampoco puede atribuirse a ambición la traición de Zavala, pues sólo un idiota hubiera creídose capaz de ser el César texano o el Washington de los texanos. Zavala murió antes de hallarse en condiciones de explicar su traición, pero ésta tuvo en mi concepto como causa su odio al centralismo y sobre todo a la persona de Santa Anna. Es muy frecuente que el odio político remolque a los partidos o a los hombres hasta la traición y en México tenemos de ello ejemplos notables.

La causa de la traición del general Santa Anna es perfectamente conocida y fue el miedo de ser muerto en justa recompensa de la sangre que fría e implacablemente había derramado. La cobardía inmensa engendró la traición. Basta con la cobardía sin la traición para que un ejército que reconoce por ley suprema el honor, castigara al general Santa Anna con el

patíbulo militar. Santa Anna en 1838 había cometido ya dos grandes crímenes; ante las leyes civiles, militares y sociales, el de traición; y ante las leyes militares, el de cobardía. Estaba pues por debajo de Zavala, cuando ya Zavala estaba boca abajo en el fango.

No hay mexicano que pueda poner en duda, que si Don Lorenzo Zavala se hubiera atrevido a presentarse en la República en 1837, hubiera sido lapidado por el populacho, rechazado por toda la sociedad, perseguido activamente por el gobierno, aprehendido por los tribunales, juzgado, sentenciado a muerte, ejecutado y enterrado fuera de los cementerios, en tierra sin bendición, eriaza, maldita.

En cambio vemos que el general Santa Anna vuelve al país y sin haber tenido los méritos de Don Agustín Iturbide y teniendo vicios y prostituciones que jamás tuvo Iturbide, penetró en la República no obstante su vergonzoso rango de traidor y cobarde prófugo y en vez de ser fusilado se le deja tranquilo en su hacienda de Manga de Clavo; se le respeta, se le escucha cuando lanza un "*Manifiesto*" que debió ser irritante y aunque había algunos que lo despreciaban, la mayoría nacional lo contempla como un rey que ha pecado y que temporalmente remoja su alma en las regeneradoras fuentes de la penitencia.

Sellado Santa Anna con tres marcas: la de traidor, cobarde y vil, hasta ofrecer al presidente Jackson el consentimiento del clero que puso la cuestión en límites exactos: *Liberalismo* o *catolicismo*; no se puede ser las dos cosas a un tiempo. La facción liberal se hubiera quedado con cinco o seis miembros si no se hubiese replegado bajo una bandera más compatible con el catolicismo, el federalismo, sostenido por el provincialismo bárbaro y por la tendencia anárquica al desmembramiento territorial; todo cacique quería disfrutar de su despotismo libremente.

La supremacía de la facción conservadora era innegable; el golpe que en 1834 dio el clero a la facción liberal la dejó casi muerta, pues no volvió al poder sino hasta 1856, veintidós años después de la caída de Don Valentín Gómez Farías. La facción conservadora se dividió entonces como es propio de todas las facciones; una vez triunfantes los principios se piensa en el triunfo de los estómagos, y se verifica el fraccionamiento personalista; pero como la facción federalista aún tenía vida, la facción conservadora se dividió en dos partes: la doctrinaria, formada por hombres serios, decentes, probos, sanguinarios por

deber, déspotas por escuela, irreconciliables por dogmas, tiesos, ajustados a sus tradiciones, inexorables para sus ideales. A esta facción pertenecían: Alamán, Gutiérrez Estrada, Pesado, Cuevas, Gómez de la Cortina, Bocanegra, Monasterio, Gorostiza, Peña y Peña y algunos otros que después debían convertirse en liberales moderados. Esta facción, no siendo personalista, no tenía caudillo, pero aceptaba con placer a Don Anastasio Bustamante.

La facción personalista había erigido al general Santa Anna como objeto de su culto; la formaban los militares, los agiotistas tahúes, los educadores de gallos, los concesionarios, y todos los que se habían quedado sin empleo después de haberlo solicitado, que lo eran todos los varones de la clase media comprendidos entre 13 y 100 años de edad y gran número de los miembros de la clase rica. Toda clase social famélica sujeta su moral, su libertad y toda su acción a salvarse del hambre, y todo gobierno que no resolviera el problema del hambre de los decentes, contaba con la decidida y formidable aparición de estómagos dispuestos a aceptar príncipes extranjeros, católicos o musulmanes, monarquía o república, democracia o teocracia, traidores a la patria como Santa Anna o patriotas como Guerrero o Victoria, generales cobardes o valientes, todo era igual. El famelismo decente, hidalgo, con pergaminos, estaba siempre en pie de guerra contra todo gobierno.

Santa Anna, hiciera lo que hiciera en Texas, en los Estados Unidos, en Turquía o en el Japón, contra México, lo mismo que los que no fueran Santa Anna, contaban siempre con el famelismo como base de su partido personal. La gran falange famélica tenía el privilegio de hacer la opinión pública, lo que ella decía lo decía la nación, lo que ella quería lo quería la nación, lo que ella pensaba lo pensaba la nación, la que jamás desautorizaba a sus falsos representantes. De aquí resultaba que todo aspirante a presidente capaz de serlo por medio del *cuartelazo*, contaba con la gran facción famélica, es decir, con lo que figuraba como nación.

Tanto en su primero como en su segundo período presidencial, la administración del presidente Bustamante se caracterizó por su probidad y por evitar abusos fiscales, expulsar agiotistas y administrar bien. Santa Anna era de una escuela distinta, lo que le preocupaba era tener partidarios y sabía que los tendría en el número que quisiese con tal de aumentar hasta ese número el de los empleados y el de las patentes de impunidad para toda clase de abusos y delitos, siempre que hubiese fidei

dad a su persona. A Santa Anna poco le importaba no pagar a sus empleados; sabía, porque era muy inteligente, que se tienen más partidarios dando empleos aun cuando no se paguen los sueldos, que negando empleos por economía o necesidad de buena administración.

Además de contar Santa Anna con la mayoría del elemento civil activo, contaba con casi todo el elemento militar, como era natural.

Bajo el régimen de los *cuartelazos* la traición y la cobardía gozan de alta prima en el ejército. Un *cuartelazo* es siempre una traición a un jefe amigo y protector, una traición a las instituciones, a determinados principios, a un partido. Si la traición a las instituciones, a los partidos, a los protectores, a la ley militar, a los principios, llega a ser la base de la prosperidad militar, la traición a la patria no puede ser más que un refinamiento del sistema, el más genuino, brillante y radical de los *cuartelazos*, el broche de oro de los pronunciamientos.

Por otra parte, el estado heroico de un pueblo, es un estado crítico, violento, pasajero, y cuando la guerra civil se vuelve crónica, las batallas pasan de sanguinarias a ridículas y como lo indiqué, pronto se llega a los tiroteos inofensivos de torre a torre, a las maniobras de los generales enemigos, para no encontrarse, y a las desbandadas después de la primera descarga. Cuando lo que se busca en la carrera militar es un empleo para comer o robar, el valor se reserva para mejores empresas y en tal caso la guerra civil crónica es, como tanto con verdad lo he repetido, una gran escuela politécnica de cobardía.

Además, ya también lo dije, bajo el sistema de los *cuartelazos*, fundados en el deshonor, en la corrupción, en la defeción y en la cobardía de un ejército, tienen que alcanzar de preferencia los primeros puestos, los jefes cobardes, sin vergüenza, sin instrucción, sin dignidad, mientras que los valientes, los instruidos, los candidatos a verdaderos héroes, deben ser postergados, olvidados, calumniados, secuestrados a la consideración pública.

El general Santa Anna cumplía con la ley de su ambición sin valor: un combate ridículo lo daba a conocer como épico; si evitaba el combate en el terreno, lo inventaba en el papel y tenía gran predilección por ensalzar y encumbrar a jefes ineptos y cobardes, para así no tener nunca rivales temibles. En un ejército sano, Santa Anna hubiera sido arrojado vivo

a una cloaca después de Texas: en el ejército que Santa Anna había educado, no para el honor sino para los vicios y prostitución de Santa Anna, su conducta de Texas no podía rebajarlo, sino más bien elevarlo en el concepto de sus amigos y partidarios.

Por último, siendo la única función de ese ejército pretoriano poner a remate la silla presidencial, Santa Anna era el mejor de los postores. Fue el que destinó no sólo todas las rentas de la nación para el ejército, sino que le decretó un presupuesto doble de esas rentas; le entregó a la turba oficialista, la justicia, los derechos de los individuos, la honra de las familias, las leyes, las casas, los hombres; le cedió a la sociedad como se cede a una esclava.

Para rematar el poder no tenía precio, no podía tener rival, nadie podía resistirle: era el que ofrecía más, aun cuando se tratase de lo más sagrado para tiranos menos bestiales; su potencia corruptora tenía los mismos límites que su ambición, su destino era elevarse sobre el hambre, la inmoralidad y la cobardía; como un miasma de pantano, y mientras el ejército fuera ese pantano, su miasma predilecto tenía que ser Santa Anna.

Después de los honores que recibió en Veracruz como un rey peregrino que vuelve de orar en la Tierra Santa, "algunos de sus parciales y de los descontentos que hacían entonces la oposición al gobierno de México, suscitaron la duda de si debería él (Santa Anna) ocupar la primera magistratura de la nación". No hay que olvidar que Santa Anna desembarcó en Veracruz en febrero de 1837, cuando los santanistas estaban en el poder. El presidente don José Justo Corro fue el que previno se le hicieran los honores de presidente y estuvo dispuesto a entregarle la presidencia.

Esta mancha para la nación no tuvo lugar porque la gran hueste famélica de que he hablado era de oposición permanente a todo gobierno que no le diera de comer, y como ningún gobierno podía hacerlo, tenía que ser de oposición a todos los gobiernos y por consiguiente a don José Justo Corro. En aquel momento la opinión pública, que como ya dije lo era el famelismo, despreciaba a Santa Anna, condenaba su conducta, lo señalaba a la censura eterna. Por otra parte, la facción federalista gritó muy alto con gran justicia y la facción seria, honrada, ilustrada de los conservadores, dijeron que era damasiado; esa facción conocía ya bien a Santa Anna y veía en él lo que era, un condotiero de último orden. El

candidato de esa facción era don Anastasio Bustamante, quien triunfó en las elecciones extrapopulares y tomó posesión de la presidencia en abril de 1837.

Cuando Santa Anna sintió que su partido no dominaba, con suma habilidad manifestó que lo que deseaba era retirarse a la vida privada y jurar la nueva Constitución, como en efecto lo hizo yendo a Veracruz donde juró por *Dios y por su honra que era lo más grande que había en los cielos y en la tierra.*

Santa Anna obró con habilidad, porque si en aquellos momentos se aclara si debía ser o no colocado de nuevo en la presidencia de la República, la solución hubiera sido funesta para el traidor y cobarde de Texas. En efecto, el general Santa Anna siendo presidente de la República, había solicitado y obtenido licencia del Congreso para separarse de su cargo, mientras hiciese la campaña de Texas. Si Santa Anna se había portado con honor y patriotismo su desgracia de caer prisionero del enemigo no le privaba del derecho de volver a sus funciones de presidente, dentro del período para el cual había sido nombrado. Para que Santa Anna no pudiese continuar de presidente, pues no había dejado de serlo, era preciso que hubiera cometido un crimen capaz de privarlo de su cargo. Santa Anna calmó a sus partidarios; la solución no podía ser su vuelta a la presidencia, imposible en aquellos momentos, sino su condenación como traidor a la patria.

Se comprende que don José Justo Corro, personaje insignificante y servidor abnegado, incondicional de Santa Anna, le hubiera mandado hacer los honores presidenciales a su llegada; pero don Anastasio Bustamante, al tomar posesión de la presidencia dos meses después de la llegada de Santa Anna al país, ¿por qué no lo mandó encausar?

El general don Anastasio Bustamante era verdaderamente enérgico, sanguinario, despótico y llegaba hasta a combinar y ordenar el asesinato para deshacerse de un rival o de un enemigo temible como lo hizo con el general Guerrero. El general Bustamante conocía bien la historia de Santa Anna, especialista en *cuartelazos* contra todos los gobiernos, a favor o en contra de cualquier principio o partido político; sabía que no tenía escrúpulos como Guerrero y que tenía aún gran partido en el ejército. Por otra parte, no necesitaba Bustamante para librarse de un rival temible, más que dejar caer el peso de la ley y de la prensa oficial e independiente sobre Santa Anna para aplastarlo hasta la pulverización. San-

ta Anna, en 1832, había derrocado a Bustamante para ocupar su lugar; la venganza para Bustamante se confundía con la justicia, su ambición con la ley, su conveniencia personal con el patriotismo, su salvación como gobernante con la del honor nacional. ¿Por qué Bustamante dejó impune a su enemigo, al de su partido, al de sus principios, al de la paz pública, al de la patria?

Sólo un gran poder tenía fuerzas para contener a Bustamante obligado por sus deberes nobles políticos y por la ley de propia conservación a destruir a Santa Anna. ¿Qué poder pudo ser? ¿El ejército? En ese momento era favorable a Bustamante, pues he dicho que en el sistema pretoriano hay siempre unos cuantos meses de luna de miel entre los pretorianos y el caudillo postor, mientras aquéllos aprecian si se les ha pagado el precio de la silla presidencial rematada. El gran poder que obligó a Bustamante a no hacer justicia no puede haber sido más que el clero.

El clero era hábil, estimaba a Bustamante y despreciaba a Santa Anna, pero conocía que el primer lugar y la afección de un ejército corrompido tenían que ser tarde o temprano para Santa Anna. Le debía además un gran servicio; el golpe de Estado de 1834 había sido, como lo dijeron los periódicos clericales, su Carlomagno. *Pagar es corresponder* y a Santa Anna debía concederle por lo menos Bustamante la tranquilidad en la vida privada. Esta grave falta tenía que costarle muy caro a la nación, al partido conservador y particularmente a Bustamante.

Al llegar la cuestión con Francia, el partido santanista se puso naturalmente del lado de la opinión pública aun cuando la creyera absurda, suicida y estúpida; era una oportunidad brillante para *repopularizar* a Santa Anna. Bustamante no podía hacer lo mismo porque el gobierno responde con su existencia del fracaso de su política sobre todo tratándose de guerra extranjera, mientras las oposiciones aconsejan guerras insensatas para adquirir popularidad inmensa cuando el país es insensato; y a la hora de las derrotas, no afrontan la responsabilidad de haber impuesto la guerra sino que se salvan culpando al gobierno de esas derrotas. Un gobierno aun cuando en tiempo de paz sea fuerte, en tiempo de guerra extranjera es siempre débil: las oposiciones administran *cantáridas* a la vanidad populachera, las frases de "honor ultrajado", "dignidad remolida por el oprobio", "independencia amenazada", "esclavitud segura", "doncellas deshonradas por

la soldadesca”, “hogares incendiados”, y calamidades de todo género, resuenan a los oídos de las multitudes a las que se quiere excitar y enloquecer. El pueblo ve entonces en las oposiciones a sus verdaderos pastores y consejeros y les da todo su apoyo para que lo lleven a la catástrofe y a la deshonra y cuando estos azotes se hacen bien sentir, entonces el gobierno aparece denunciado por no haber sabido usar de los inconmensurables elementos de patriotismo, valor, abnegación, sacrificio, recursos, que ponía a su disposición un pueblo nacido para vencer y que sólo un gobierno torpe y traidor pudo haberlo llevado a la desgracia. Este fue el papel desempeñado por el partido santanista en 1838. El partido federalista había entrado en relaciones amistosas con el enemigo, mayor razón para que los santanistas se mostrasen inexorables.